

LA MÁSCARA FRENTE AL ESPEJO

(Experiencia Pirandello)

Escrita por Marcos Purroy & Margarita Consalvo
basada en la obra dramática de Luigi Pirandello

EN EL LOBBY

RICO VERRI
POMARICI
NARDI
EL PADRE
LA HIJASTRA
LA CANTANTE
MESONERO 1

Al llegar los espectadores al teatro los mismos serán recibidos por tres soldados fascistas (POMARICI, VERRI Y NARDI) Éstos le solicitarán a los ESPECTADORES sus cédulas de identidad y la entrada del espectáculo. Una vez revisada la documentación, podrán acceder al Lobby. En una silla, un hombre toca una canción siciliana con su acordeón. Es una canción muy triste. LA HIJASTRA se coloca en la fila para entrar, interacciona con los ESPECTADORES, bien podría preguntar por el autor de la obra, cómo se llama la obra, quienes actúan, si conocen al autor o a los actores, etc. LA PRIMERA ACTRIZ está sentada en una de las mesas junto a su perrito, tiene una taza de café en sus manos, bebe un sorbo y luego enciende un cigarrillo. Lee un libreto y trata de memorizar sus parlamentos. EL PADRE, se acerca a los ESPECTADORES y les pregunta por su hijastra, bien podría también hacer las mismas preguntas de su hijastra. LA CANTANTE se acerca a la barra (caramelería) y un mesonero le entrega una copa de vino, luego se acerca al hombre del acordeón y comienza a cantar la canción. VERRI, con megáfono en mano, le pide silencio y atención al público. Escuchamos una alarma antiaérea. POMARICI Y NARDI conducen a los ESPECTADORES al teatro. Al entrar, son divididos en dos grupos y ubicados en las butacas.

EN EL TEATRO

RICO VERRI
POMARICI
NARDI
TRAMOYISTA
TRASPUNTE
MAQUINISTA/SECRETARIO
APUNTADOR
EL DIRECTOR
LA PRIMERA ACTRIZ
EL PRIMER ACTOR
EL PADRE
LA HIJASTRA
DOÑA IGNACIA
MOMMINA
DORINA
TOTINA
LA CANTANTE
ACTOR 1
ACTOR 2
ACTRIZ 1
MUJER EFECTOS
PIRANDELLO

Al entrar en la sala del teatro, los ESPECTADORES encontrarán el telón levantado y el escenario tal como está de día, sin bastidores ni decorados, casi a oscuras, vacío, para que tengan desde el principio la impresión de un espectáculo no preparado de antemano. Apagadas las luces de la sala, se verá entrar por la puerta del foro al TRAMOYISTA con un mono azulado y una bolsa atada a la cintura; cogerá de un rincón al fondo algunos listones, los colocará en el proscenio y se arrodillará para fijarlos. Al escucharse los martillazos, entrará el TRASPUNTE.

EL TRASPUNTE. —¿Qué haces?

EL MAQUINISTA. —¿Qué hago? Estoy clavando.

EL TRASPUNTE. —¿A estas horas? (*Mirará el reloj.*) Son las diez y

media. En un momento llegará el DIRECTOR para el ensayo.

EL MAQUINISTA. —Bueno, ¡yo también necesito mi tiempo para trabajar!

EL TRASPUNTE. —Lo tendrás, pero no ahora.

EL MAQUINISTA. —¿Cuándo, entonces?

EL TRASPUNTE. —Cuando no sea la hora de ensayo. Apresúrate y llévatelo todo. Déjame disponer la escena para el segundo acto de El juego de los papeles.

(El MAQUINISTA, resoplando, refunfuñando, recogerá los listones y se irá. Entretanto, por la puerta del foro, empezarán a aparecer los ACTORES de la compañía, EL PRIMER ACTOR, EL ACTOR 1, luego LA ACTRIZ 1 y después otro ACTOR 2, Entrarán, saludarán al TRASPUNTE y se saludarán entre ellos, deseándose un buen día. El APUNTADOR, que tendrá el guión enrollado bajo el brazo, permanecerá en el escenario esperando al DIRECTOR para dar inicio al ensayo, mientras que, sentados en círculo o de pie, cruzarán palabras; alguno encenderá un cigarrillo, otro se quejará del papel asignado, aquel leerá en voz alta a sus compañeros la noticia de una revista teatral. En un determinado momento, uno de los cómicos se podrá sentar al piano y tocar una músicaailable y bailarán.

EL TRASPUNTE. *(Batiendo palmas para llamarlos al orden.)* —Vamos, vamos, orden. ¡Ha llegado el Director!

La música y el baile cesarán al mismo tiempo. Los ACTORES se volverán para mirar hacia la sala del teatro, por cuya puerta se verá entrar al DIRECTOR, quien, con un sombrero de copa, el bastón bajo el brazo y un grueso puro en la boca, cruzará el pasillo de butacas y, saludado por los cómicos, subirá al escenario por una de las dos escalerillas. El SECRETARIO le entregará el correo: un periódico y un guión sellado.)

EL DIRECTOR. —¿Cartas?

EL SECRETARIO. —Ninguna. Esto es todo.

EL DIRECTOR. *(Entregándole el guión sellado.)* —Llévelo al

camerino. (Después, mirando alrededor y dirigiéndose al TRASPUNTE.) Pero aquí no se ve nada. Por favor, que nos den un poco más de luz.

EL TRASPUNTE. —¡De inmediato! (Irá a dar la orden. Y poco después el escenario se iluminará con una intensa luz blanca en la parte de la derecha, donde estarán los ACTORES. En tanto, el APUNTADOR habrá tomado su lugar en el foso, habrá encendido la lamparita y extendido ante sí el guión.)

EL DIRECTOR. (Dando palmadas.) —Vamos, vamos, que tenemos que empezar. (Al TRASPUNTE) ¿Falta alguien?

EL TRASPUNTE. —Falta la Primera Actriz.

EL DIRECTOR. —¡Como siempre! (Mirará el reloj.) Estamos atrasados diez minutos. Anótelo, hágame el favor. Así aprenderá a ser puntual en los ensayos.

(No habrá terminado la amonestación, cuando por el pasillo del teatro se escuchará la voz de la PRIMERA ACTRIZ.)

LA PRIMERA ACTRIZ. —¡No, no, por favor! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! (Está toda vestida de blanco, con un sombrero excéntrico y un gracioso perrito entre los brazos; correrá a través del corredor de la sala y subirá apresuradamente por una de las escalerillas.)

EL DIRECTOR. —Usted insiste en hacerse esperar.

LA PRIMERA ACTRIZ. —Discúlpeme. ¡Busqué desesperadamente un automóvil para llegar a tiempo! Pero veo que todavía no han empezado. Y yo no aparezco al comienzo de la obra. (Luego, llamando por su nombre al TRASPUNTE, le encarga el perrito.) Por favor, déjelo en el camerino.

EL DIRECTOR. (Renegando.) —¡También el perrito! Como si fuéramos pocos los que parecemos mascotas aquí. (Dará palmadas otra vez y se dirigirá al APUNTADOR) Vamos, vamos, el segundo acto de El juego de los papeles. (Sentándose en una de las butacas del teatro.) Atención, señores. ¿A quién le toca la escena?

(El ACTOR 1 y la ACTRIZ 1 despejarán el proscenio y se irán a sentar

a un costado. El PRIMER ACTOR, el ACTOR 2 y la PRIMERA ACTRIZ, que sin hacer caso de la pregunta del DIRECTOR permanecerá en escena.)

EL DIRECTOR. (A la PRIMERA ACTRIZ) —¿Interviene usted en la escena?

LA PRIMERA ACTRIZ. —Yo no.

EL DIRECTOR. (Molesto.) —¡Entonces muévase, por Dios! (La PRIMERA ACTRIZ se irá a sentar junto a los otros ACTORES que ya estarán acomodados aparte.)

EL DIRECTOR. (Al APUNTADOR) —Comience, comience.

EL APUNTADOR. (Leyendo el guión.) —«En casa de Leone Gala. Un extraño salón, comedor y despacho al mismo tiempo»

EL DIRECTOR. (Dirigiéndose al TRASPUNTE.) —Pondremos la sala de color rojo.

EL TRASPUNTE. (Apuntándolo en un papel.) —De color rojo, de acuerdo.

EL APUNTADOR. (Sigue leyendo el guión.) —«Mesa puesta y escritorio con libros y papeles. Estanterías de libros y vitrinas con lujosas vajillas y utensilios de mesa. Puerta al fondo por la cual se llega a la habitación de Leone. Puerta lateral a la izquierda por la cual se va a la cocina. La puerta principal está a la derecha»

EL DIRECTOR. (Levantándose e indicando.) —Por lo tanto, presten atención: allá, la puerta principal. Aquí, la cocina. (Dirigiéndose al ACTOR que hará el papel de Sócrates.) Usted entrará y saldrá por este lado. (Al TRASPUNTE.) ¿Anotaste todo? ¿Está todo claro? (Se vuelve a sentar.)

EL TRASPUNTE. (Anotándolo.) —Totalmente, Sr.

EL APUNTADOR. (Leyendo el guión.) —«Primera escena. Leone Gala, Guido Venanzi, Filippo, llamado Sócrates» (Al DIRECTOR) ¿Debo leer también las acotaciones?

EL DIRECTOR. —¡Sí, sí! ¡Se lo he dicho mil veces!

EL APUNTADOR. (Leyendo el guión.) —«Al levantarse el telón, Leone Gala, con gorrito de cocinero y delantal, trata de batir un huevo en un cuenco con un cucharón de madera. Filippo bate otro, también vestido de cocinero. Guido Venanzi escucha, sentado»

EL PRIMER ACTOR. (Al DIRECTOR.) —Disculpe, pero ¿me tengo que poner el gorrito en la cabeza?

EL DIRECTOR. (Fastidiado por el comentario.) —¡Obviamente! ¡Está escrito allí! (Señalará el guión.)

EL PRIMER ACTOR. —¡Pero si es ridículo!, usted perdone

EL DIRECTOR. (Poniéndose de pie, furioso.) —«¡Ridículo, ridículo!» ¿Qué quiere que yo haga si de Francia no vienen más comedias buenas y nos tenemos que resignar a poner en escena comedias de Pirandello, que nadie comprende y parecen creadas a propósito para que ni los actores, ni los críticos, ni el público queden contentos? (Los ACTORES reirán. Y entonces él, levantándose y acercándose hacia el PRIMER ACTOR, gritará.) ¡El gorrito de cocinero, sí señor! ¡Y batirá los huevos! ¿Usted cree que no tiene que hacer nada más que batir los huevos con sus manos? Pues no. ¡Tendrá que representar el papel de la cáscara de los huevos que está batiendo! (Los ACTORES reirán de nuevo y harán comentarios irónicos entre ellos.) ¡Silencio! ¡Y presten atención cuando estoy hablando! (Se dirige de nuevo al PRIMER ACTOR.) Sí, señor, la cáscara. ¡Lo que quiere decir la forma vacía de la razón, sin la plenitud del instinto, que es ciego! Usted es la razón y su esposa el instinto, en un juego de papeles asignados, por lo que usted, al representar su papel, es voluntariamente el títere de sí mismo. ¿Comprendido?

EL PRIMER ACTOR. (Abriendo los brazos.) —¡No!

EL DIRECTOR. (Volviendo a su sitio.) —¡Yo menos! Así que mejor seguimos. ¡Después me elogiará el resultado! (En tono confidencial.) Le aconsejo que se ponga siempre de medio perfil, porque si no, entre las complicaciones del diálogo y usted que no se dejará escuchar por el público, nadie entenderá nada. (Dando palmadas de nuevo.) ¡Atención, atención! Empezamos.

EL APUNTADOR. —Disculpe, señor Director. ¿Podríamos...

EL DIRECTOR. —¡No!

POMARICI entra y atravesando el pasillo de butacas, se acercará al DIRECTOR para anunciarle la llegada de los PERSONAJES, quienes también han entrado en la sala y lo han seguido a cierta distancia, un poco desorientados y perplejos, mirando a su alrededor. Vienen con maletas, sombrillas, etc. Ellos son: DOÑA IGNACIA, TOTINA, MOMMINA, DORINA, LA CANTANTE, EL PADRE, Y LA HIJASTRA.

EL AVISADOR. —Disculpe, señor.

EL DIRECTOR. (Brusco, despectivo.) —¿Y ahora qué ocurre?

EL AVISADOR. (Tímidamente.) —Han llegado unos señores que preguntan por usted.

(Los ACTORES se dan la vuelta sorprendidos para mirar desde el escenario hacia abajo, en la sala.)

EL DIRECTOR. (De nuevo enojado.) —¡Estamos ensayando! ¡Y usted sabe muy bien que no debe entrar nadie mientras estamos ensayando! ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

(Los PERSONAJES suben al escenario.)

EL PADRE. (Dando un paso adelante.) —Hemos venido en busca de un autor.

EL DIRECTOR. (Entre sorprendido e iracundo.) —¿De un autor? ¿Qué autor?

EL PADRE. —Del que sea, señor.

EL DIRECTOR. —Pero si aquí no hay ningún autor, porque no estamos ensayando ninguna comedia nueva.

LA HIJASTRA. (Con una alegre vivacidad.) —¡Mucho mejor, mucho mejor entonces, señor! Nosotros podríamos ser su nueva comedia.

ALGUNO DE LOS ACTORES. (En medio de los comentarios bulliciosos y las risas de los demás.) — ¡Escúchenla, escúchenla!

EL PADRE. —Bueno, pero ¿si no hay autor? (Al DIRECTOR.) A

menos que usted quiera serlo...

EL DIRECTOR. —¿Están bromeando?

EL PADRE. —¿Cómo se le ocurre, señor? Todo lo contrario, le traemos un drama doloroso.

LA HIJASTRA. —¡Y podríamos ser su fortuna!

EL DIRECTOR. —¡Háganme el favor de largarse, que no tenemos tiempo para perderlo con locos!

EL PADRE. (Herido y melifluo.) —Pero señor, usted sabe muy bien que la vida está llena de infinitos absurdos, que, descaradamente, ni siquiera tienen necesidad de parecer verosímiles, porque son verdaderos.

EL DIRECTOR. —Pero, ¿qué diablos dice?

EL PADRE. —Digo que puede considerarse una locura, sí señor, esforzarse en hacer lo contrario; es decir, crear lo verosímil para que parezca verdadero. Pero permítame hacerle la observación de que, si fuera locura, ésta es la única razón de su oficio. (Los ACTORES se agitarán, molestos.)

EL DIRECTOR. (Levantándose y retándolo.) —¿Ah, sí? ¿De manera que nuestro oficio le parece cuestión de locos?

EL PADRE. —Bueno, dar la apariencia de verdadero a aquello que no lo es, sin necesidad de hacerlo, señor; como un juego... ¿O acaso no es el oficio de ustedes dar vida en la escena a personajes fantasiosos?

EL DIRECTOR. (Rápidamente, haciéndose portavoz de la irritación creciente de sus ACTORES.) — ¡Yo le aseguro que la profesión del actor, estimado señor, es una noble profesión! Si hoy por hoy los nuevos señores comediógrafos nos dan a representar comedias banales y a títeres en lugar de hombres, ¡sepa que es nuestro orgullo haber dado vida —aquí, sobre estas tablas— a obras inmortales! (Los ACTORES, satisfechos, aprobarán y aplaudirán a su DIRECTOR.)

EL PADRE. (Interrumpiendo con vehemencia.) —¡Eso es! ¡Muy bien! ¡A seres vivos, más vivos que aquellos que visten y calzan! Menos

reales, quizá; ¡pero más verdaderos! ¡Somos de la misma opinión!
(Los ACTORES se miran entre sí, sin entender.)

EL DIRECTOR. —¿No entiendo? Pero si antes dijo...

EL PADRE. —No me interprete mal. Lo decía por usted, señor, que nos ha gritado no tener tiempo para perderlo con locos, cuando nadie mejor que usted sabe que la naturaleza se sirve de la fantasía humana como instrumento para continuar, a un mayor grado, su obra creada.

EL DIRECTOR. —Está bien, está bien. ¿A qué quiere llegar con eso?

EL PADRE. —A nada, señor. Sólo a demostrar que se nace a la vida de diferentes maneras, y en muchas formas: árbol o piedra, agua o mariposa... o mujer. ¡Y que también se nace como un personaje!

EL DIRECTOR. (Con un fingido e irónico estupor.) —Y usted, junto a quienes lo acompañan, ¿han nacido como personajes?

EL PADRE. —Exacto, señor. Y vivos, como puede comprobarlo.

(EL DIRECTOR y los ACTORES se ríen a carcajadas, como si se burlaran.)

EL PADRE. (Herido.) —Me apena que se burlen así, porque llevamos en nosotros, repito, un drama doloroso, como los señores pueden deducir al ver a esta mujer vestida de luto.

(Diciendo esto le ofrecerá la mano a DOÑA IGNACIA, del grupo se desprende una mujer vestida de negro. EL PADRE la conducirá con una solemnidad trágica hacia el centro del escenario, que se iluminará de inmediato con una luz fantástica. Todos los demás personajes, saludando al DIRECTOR a su modo, se colocan bajo el haz de luz. Los ACTORES, primero estupefactos, luego admirados por esta evolución de los hechos, reventarán en aplausos como si les fuera ofrecido un espectáculo.)

EL DIRECTOR. ¡Cállense! (Luego, dirigiéndose a los PERSONAJES.)
¡Y ustedes váyanse de aquí! ¡Despejen el lugar! (Al TRASPUNTE.)
¡Por Dios, sáquelos de aquí!

EL TRASPUNTE. (Acercándose, pero luego deteniéndose como si lo retuviera una rara turbación.) —¡Fuera! ¡Fuera!

EL PADRE. (Al DIRECTOR) —Mire, nosotros...

EL DIRECTOR. (Gritando.) —¡Basta, tenemos que trabajar!

EL PRIMER ACTOR. —No es posible que alguien se burle así...

EL PADRE. (Resuelto, adelantándose.) —¡Me sorprende de su incredulidad! ¿Acaso no están los señores acostumbrados a ver cómo aparecen casi vivos aquí, uno frente a otro, los personajes creados por un autor? ¿O a lo mejor no tienen (señalará al APUNTADOR) un guión que nos contenga?

LA HIJASTRA. (Colocándose frente al DIRECTOR, risueña, zalamera.) —Puede creer, señor, que somos de verdad, ¿Quiere tocarme? (El DIRECTOR se dispone a tocarla y LA HIJASTRA toma su mano y la coloca sobre sus senos. EL DIRECTOR aparta sus manos inmediatamente.) Hemos muchos personajes interesantísimos. Lamentablemente frustrados.

EL PADRE. (Apañándola.) —¡Sí, frustrados, eso es! (Al DIRECTOR, de inmediato.) En el sentido, claro está, de que el autor que nos dio vida, después no quiso o no pudo materialmente introducirnos en el mundo del arte. Y de verdad que fue un delito, señor, porque quien ha tenido la suerte de nacer como personaje vivo, puede reírse incluso de la muerte. ¡No morirá jamás! Y para vivir eternamente ni siquiera necesita de dotes extraordinarias o realizar prodigios. ¿Quién era Sancho Panza? ¿Quién era don Abundio? Y, sin embargo, son eternos, porque ¡tuvieron la suerte de encontrar una matriz fecunda, una fantasía que supo nutrirlos y desarrollarlos, darles vida eterna!

EL DIRECTOR. —¡Todo lo que dice está bien! Pero ¿qué quieren aquí?

EL PADRE. —¡Queremos vivir, señor!

EL DIRECTOR. (Irónico.) —¿Por toda la eternidad?

(Gran silencio. Las luces se apagan y un cenital baña a un hombre vestido con un traje de lino blanco y sombrero. Lo acompaña una MUJER con muchos objetos sobre ella, más bien parece una mujer orquesta. Uno de esos objetos es una lamina de zinc la cual bate produciendo así un ruido muy parecido a un trueno. El hombre avanza

a proscenio y le habla al público, es Luigi Pirandello. LOS PERSONAJES se quedan petrificados y poco a poco irán saliendo de escena, junto con los ACTORES hasta dejar el escenario vacío.)

PIRANDELLO. –Toda la eternidad es demasiado tiempo, mi querido director. (Truenos producidos por la MUJER EFECTOS.) ¿Les he dicho que este teatro está habitado por espíritus? No, no se los he dicho. Nosotros aquí no nos asombramos ya de nada. El orgullo humano es verdaderamente imbécil, disculpen. Viven de vida natural en la tierra, otros seres en cuyo estado normal nosotros los hombres no podemos percibirlos, pero solo por defecto de nuestros cinco limitados sentidos. Es por ello, que a veces en condiciones anormales estos seres se nos revelan. Es más: no nos habíamos supuesto su existencia en paralelo a la nuestra. Son espíritus de todos los géneros, que viven en medio de nosotros, invisibles, en el aire, en el agua, en el fuego. ¡Bien lo sabían los antepasados! ¿Sabían que muchos teatros del mundo una vez acabada la función dejan encendido un bombillo toda la noche hasta el amanecer. (La MUJER EFECTOS enciende el bombillo.) Lo sabemos bien nosotros aquí que estamos en constante lucha con ellos y a menudo los vencemos sometiénolos a dar a nuestros prodigios, con su participación, un sentido que ellos ignoran o no se dan cuenta. Si usted, (Señalando a alguien del público.) ve todavía la vida dentro de los límites de lo natural y lo posible, le advierto que usted aquí no comprenderá jamás nada. Nosotros estamos fuera de estos límites gracias a Dios. A nosotros nos basta imaginar y rápidamente las imágenes cobran vida. Es suficiente que una cosa esté en nosotros bien viva, que se representa por si sola, por virtud espontánea de su propia vida. Es el libre advenimiento de cualquier nacimiento necesario. A lo sumo, a lo sumo nosotros lo facilitamos con cualquier medio de nacimiento. Esos personajes que me andan buscando, por ejemplo no saben que yo también los estoy buscando. Si el espíritu de los personajes descubren que yo los necesito para poder terminar de escribir mi última obra, ellos se incorporaran y usted verá a esos personajes moverse y hablar. Y el milagro verdadero no será jamás la representación, créame, será siempre la fantasía del poeta en el cual aquellos personajes nacieron, vivos, tan vivos que él puede verlos aún sin que estén corporalmente presentes. Traducirlos en ficticia realidad sobre la escena es lo que comúnmente se hace en los teatros. El oficio de nosotros. (Truenos y centellas. La iluminación parpadea, el bombillo se apaga y se

enciende de nuevo. Todo esto lo hará la MUJER EFECTOS.) Señoras y señores, mi nombre es Luigi Pirandello, soy el autor de todo este desastre de obra y les informo que la obra no podrá continuar porque he perdido a todos mis personajes. Lamento que hayan pagado por ver este esperpento literario convertido en teatro, escrito por un autor venido a menos, es decir yo, pero no creo que podamos devolverle su dinero porque ya la taquillera se fue. Realmente no queda nadie en el teatro, sino ustedes, mi persona. (Mirando a la MUJER EFECTOS.) Ella no cuenta, (Truenos.) ah y mis personajes extraviados. A ver... lo único que se me ocurre, ya a estas altas horas de la noche, es que me ayuden a encontrarlos. (Las luces de la platea se encienden.) No va ser fácil, porque como les dije, estos seres son muy manipuladores, se escabullen de nuestras manos como un manantial de emociones. La única manera de encontrarlos es mimetizarse, técnica frecuentemente utilizada por nosotros los autores para que ellos sientan que uno es uno de ellos. Para ello necesito que se coloquen las máscaras que a continuación le vamos a entregar.

Entran POMARICI, NARDI Y VERRI y comienzan a repartir las máscaras.

¡No! No se las coloquen todavía. No sean tan frívolos e indiferentes. Al parecer, creo que no entendieron todo lo que les acabo de explicar. Ya lo entenderán y vaya que sí. Muy bien, ahora necesito toda su concentración para que la magia de la mimetización se haga realidad. A ver, agarren la máscara con sus dos manos y coloquenla mirando hacia ustedes, eso es. Ahora, obsérvenla con mucho atención, porque ella les dirá al finalizar la función quienes son y quines somos. ¿Quién...eres..tú? Vamos, pregúntenle sin pena. ¿Quién...eres..tú? No escucho la pregunta. Debe ser en voz alta porque los personajes a veces les cuesta entender con claridad nuestras indicaciones. Una vez más. ¿Quién...eres..tú? Excelente, eso es. (LA MUJER produce truenos. La luz se apaga y se enciende.) ¡Fantástico! Esa es la señal. Ya tenemos el permiso para colocarnos las máscaras. Es sorprendente como cada vez responden más rápido. ¡Muy bien, Damas y Caballeros, pueden colocarse sus respectivas máscaras! Ha llegado la hora de buscar a nuestros escurridizos personajes. Que tengan un buen viaje ¡Voalá!

(LA MUJER lanza un explosivo al piso y PIRANDELLO desaparece. Música. Los SOLDADOS comienzan a dar instrucciones a sus grupos.

“No deben hablar durante la función.” “Deben ir agarrados de manos hasta llegar al espacio de representación” etc. Los ESPECTADORES son guiados a sus respectivos espacios.)

EN EL CAMERINO

EL DIRECTOR

EL PRIMER ACTOR

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER

LA CARACTERÍSTICA

TOTINA

MOMMINA

DORINA

LA PRIMERA ACTRIZ

EL ESPECTADOR/PIRANDELLO

LA HIJASTRA

Los ESPECTADORES llegan al pasillo del camerino. Todos con sus máscaras puestas observarán la representación. El ambiente en el camerino es una locura, actores pasan de un lado a otro, es evidente que una función está por comenzar. Entra el EL DIRECTOR y se para frente a uno de los camerinos que está cerrado. Se oye en este momento el chasquido de una sonorísima bofetada dentro del camerino e inmediatamente después, la protesta del VIEJO ACTOR DE CARÁCTER.)

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER. —¡Ay! ¿Qué es eso? ¡No pegue usted esas bofetadas en serio, caramba!

EL DIRECTOR. ¿Pero qué diablos ocurre? ¿Qué ha pasado ahora?

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER. —(*Saliendo del camerino con una mano en la mejilla, vestido y caracterizado de «ZAMPOÑA».*) Pues pasa que no tolero que la señora... (*dice el nombre de LA CARACTERÍSTICA*), con el pretexto de que tiene que improvisar, me suelta cada bofetada —¿no ha oído usted?— que, entre otras cosas (*le muestra la mejilla golpeada*), me estropea el maquillaje, ¿no?

LA CARACTERÍSTICA. —(*Saliendo del mismo camerino, vestida y caracterizada de DOÑA IGNACIA.*) ¡Pues defiéndase, santo cielo! ¡Eso poco cuesta! Es un movimiento instintivo y natural.

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER. — ¿Y cómo voy a defenderme, si usted me las suelta así, de improviso?

LA CARACTERÍSTICA. —¡Cuando se las merece, señor mío!

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER. — ¡Ya! ¡Pero yo no sé cuándo me las merezco, señora mía!

LA CARACTERÍSTICA. — ¡Pues esté siempre a la defensiva, porque se las merece siempre! Y yo, si he de improvisar, no voy a soltárselas en un momento señalado de antemano!

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER. — ¡Pero no hay necesidad de que me las suelte de verdad!

LA CARACTERÍSTICA. —Y entonces, ¿cómo? ¿Fingidas? Yo no tengo un papel aprendido de memoria: tiene que venir todo de aquí (*señala del estómago para arriba*) y ser todo espontáneo. Usted me las arranca, y yo se las suelto.

EL DIRECTOR. — ¡Vamos, señores, que están ustedes delante del público!

LA CARACTERÍSTICA. —Estamos haciendo ya nuestro papel, señor Director.

EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER. — (*Volviendo a llevarse la mano a la mejilla.*) ¡Y cómo!

EL DIRECTOR. — ¡Ah! ¿Usted lo entiende así?

LA CARACTERÍSTICA. —Dispense, ¿no quería usted hacer la presentación? ¡Pues aquí estamos presentándonos nosotros solos! ¡Una bofetada, y este imbécil de mi marido ya está presentando. (*EL VIEJO ACTOR DE CARÁCTER, en su papel de «ZAMPOÑA», se*

pone a silbar.) ¿Ve usted? Ya está silbando. Perfectamente dentro de su papel.

EL DIRECTOR. — ¿Pero les parece a ustedes posible hacer esto en los camerinos, fuera del escenario, y sin ningún orden?

LA CARACTERÍSTICA. — ¡No importa! ¡No importa! ¡No importa!

EL DIRECTOR. — ¿Cómo, no importa? ¿Qué quiere usted que comprenda el público, así?

EL PRIMER ACTOR. — (Desde el camerino) ¡Claro que comprenderá! ¡Así comprenderá mucho mejor! Déjelo de nuestra cuenta. Estamos todos caracterizados para hacer nuestros papeles.

EL DIRECTOR. — Por favor, señor... (*Pronuncia el nombre del PRIMER ACTOR, que hará el papel de Soldado Fascista. Pero EL PRIMER ACTOR, aunque está en el camerino, no quiere salir. Entonces, EL DIRECTOR repite:*) Por favor, por favor, salga usted, señor... (*Como antes.*) Espero que no insistirá usted en su protesta, incluso delante del público.

EL PRIMER ACTOR. —(*Vestido y caracterizado con uniforme de oficial de aviación, saliendo del camerino excitadísimo y atraviesa el público.*) ¡Insisto, sí, señor! ¡Tanto más que usted se atreve ahora a llamarme por mi nombre delante del público!

EL DIRECTOR. —¿Le he ofendido?

EL PRIMER ACTOR. —Sí, y sigue usted ofendiéndome, sin darse cuenta, al tenerme discutiendo con usted después de haberme obligado a salir.

EL DIRECTOR. —¿Quién le manda discutir? ¡No discuta! ¡Yo lo llamo para que cumpla usted con su deber!

EL PRIMER ACTOR. —Estoy dispuesto. Cuando me toque salir a escena. (*Se retira, entra en el camerino y lanza la puerta con un gesto de cólera.*)

EL DIRECTOR. —Quería presentarlo...

EL PRIMER ACTOR. —(*Volviendo a salir.*) ¡No, señor! ¡Usted no tiene que presentarme al público, que me conoce! ¡Yo no soy ningún títere en manos de usted, para mostrarme al público como aquel palco que han dejado allí vacío, o una silla puesta en un sitio determinado para conseguir algún efecto mágico de los suyos!

EL DIRECTOR. —(*Apretando los dientes, frito.*) Usted abusa en este momento de la paciencia que debo tener...

EL PRIMER ACTOR. —(*Rápido, interrumpiendo.*) ...no, señor mío: nada de paciencia; usted debe creer solamente que, bajo estos vestidos, el señor... (dice su nombre) ya no existe; porque, habiéndose comprometido con usted para trabajar esta noche improvisando, para tener a punto las frases que han de nacer, nacer del personaje que represento, y espontánea la acción, y natural todo gesto; el señor... (como antes) tiene que vivir el personaje y lo es, lo es ya; tanto que, como le decía al principio, no sé si podrá adaptarse a todas las combinaciones, sorpresas y juegucitos de luz y sombra preparados por usted para divertir al público. ¿Ha comprendido?

LA CARACTERÍSTICA. —Actuaremos, créame, con mucha más facilidad y naturalidad, sin el estorbo y sin el freno de un campo limitado de una acción preestablecida. ¡Haremos, haremos también todo lo que usted ha preparado! Pero, mientras tanto, mire, con su permiso voy a presentar también a mis hijas. (*Gritando al camerino.*) ¡Chicas! ¡Venid aquí! (*Coge por un brazo a la primera y la hace salir.*) Mommina. (*Luego, a la segunda.*) Totina. (*Luego, a la tercera.*) Dorina. (*Todas hacen al entrar una magnífica reverencia. Su aspecto es de prostitutas baratas.*) ¡Unas chicas estupendas, gracias a Dios, que se merecen las tres llegar a ser reinas! ¿Quién dice que son hijas de un hombre como ése?

(*DON PALMIRO, al verse señalado, vuelve rápido la cabeza y se pone a silbatar.*) ¡Silba, sí, silba! En un verdadero inútil.

TOTINA. —¡Por caridad, mamá, no empieces!

LA CARACTERÍSTICA. — ¡Él es el que se ha puesto a silbar! (*Luego, saliéndose del papel, a EL DIRECTOR.*) ¡No dirá usted que no sale bien! ¿Eh?

EL DIRECTOR. — (*Con una chispa de malicia, encontrando rápidamente una salida para salvar su prestigio.*) Como el público habrá comprendido, esta rebelión de los actores que están a mis órdenes, es fingida, concertada de antemano entre ellos y yo, para hacer más espontánea y viva la representación. Este azoramiento también es fingido.

EL PRIMER ACTOR. — (*Agitándose, indignado.*) ¡Tonterías! Yo ruego al público se digne creer que mi protesta no ha sido fingida, ni mucho menos. (*Entra al camerino, como antes, y se va furioso.*)

EL DIRECTOR. — (*Rápido, como confidencialmente, al público.*) Todo es fingido: incluso esta divergencia. Al amor propio de un actor como... (*dice el nombre del actor*), uno de los mejores de nuestra escena, yo no puedo menos de concederle alguna satisfacción. Pero ustedes comprenderán que todo lo que ocurra aquí no puede menos de ser fingido. (*Dirigiéndose a LA CARACTERÍSTICA.*) Siga, siga usted, señora... (*Como antes.*) Va muy bien. No podía esperar menos de usted.

LA CARACTERÍSTICA. — (*Desconcertada, casi atolondrada de tanta falta de discreción, sin saber ya qué hacer.*) ¡Ah!, ¿quiere usted... ahora, que siga yo...? Y... y..., perdone, ¿qué tengo que hacer? Aún no conseguimos a nuestro autor.

EL DIRECTOR. — ¿Qué va a hacer? ¡La presentación! ¡La presentación, que había empezado tan bien, como habíamos convenido!

LA CARACTERÍSTICA. — No, no, escuche: no diga «convenido», por favor, si no quiere que me quede yo aquí parada, sin saber qué decir.

EL DIRECTOR. — (*De nuevo al público, como confidencialmente.*) ¡Es magnífica!

LA CARACTERÍSTICA. —¿Pero quiere usted dar a entender, en serio, que habíamos concertado con usted esta nuestra salida a escena?

EL DIRECTOR. —Pregúntele usted al público, a ver si no tiene la impresión, en este momento, de que estamos improvisando la comedia.

LA CARACTERÍSTICA. — ¡Ah, bien, eso sí! ¡Verdaderamente, estamos improvisando! Hemos salido, y tanto yo como usted no hacemos más que improvisar.

EL DIRECTOR. —Bueno, pues siga usted. ¡Siga, y llame a los demás actores para presentarlos, mientras yo regreso al escenario a revisar que todo esté listo para la función.

LA CARACTERÍSTICA. —¡Ahora mismo! ¡Eh, jovencitos! ¡Aquí, aquí todos! ¡Ay no, allí viene la perra esa!

Entra LA PRIMERA ACTRIZ con su perrito, es evidente que se está maquillando para salir a escena. Se sienta frente a un espejo con bombillos. Le entrega el perrito a DORINA.

LA CARACTERÍSTICA.- *(Con mucho odio.)* Anoche soné que se había muerto, pero no, ya veo que fue un bello sueño, nada más.

DORINA. – *(Observando los genitales del perrito.)* ¡Mamá, es un perrito!

LA CARÁCTERÍSTICA. – *(Mirando a LA PRIMERA ACTRIZ.)* ¡Es una perra!

TOTINA.- Habrá que revisarlo bien ... o revisarla.

MOMMINA.- ¿A quién?

TOTINA.- A la perra.

DORINA.- Ya les dije que es un perrito.

LA CARACTERÍSTICA – ¡Es una perra! Y mejor nos vamos, no puedo compartir la misma atmósfera con ella, al menos que sea sobre un escenario. ¡Vámonos niñas!

DORINA.- Pero...

Sin saber a quien entregarle el perrito, DORINA se lo entrega a uno de los ESPECTADORES. DORINA, TOTINA, MOMMINA y LA CARACTERÍSTICA salen de escena. De repente, se regresa LA CARACTERÍSTICA.)

LA CARACTERÍSTICA.- *(Haciéndole el típico gesto italiano con el brazo.) ¡Muérete perra!*

LA CARACTERÍSTICA sale de escena y la PRIMERA ACTRIZ enciende los bombillos del espejo.

LA PRIMERA ACTRIZ.- Todos tenemos que morirnos algún día.

LA MUJER EFECTOS entra y produce un trueno. Escuchamos una canción siciliana de los años 40.

LA PRIMERA ACTRIZ.- *(Al ESPECTADOR que tiene el perrito.)* Es un perrito y vaya que lo sé. ¿Te gustan los perros, ah? Son los mejores compañeros que uno puede tener en la vida. Mejor que cualquier hombre. Y es el único que está cuerdo en toda esta compañía. *(Mientras se maquilla.)* Es un problema de conciencia, ¿saben ustedes los que es la conciencia? La conciencia... es una red elástica, que, si se afloja un poco, ¡adiós!, se escapa la locura que anida dentro de cada uno de nosotros. Se nos aparecen como fantasmas las imágenes acumuladas durante tantos años, fragmentos de vida que tal vez hemos vivido, y nos ha permanecido oculta, porque no hemos querido, o no hemos podido reflejarla en nosotros a la luz de la razón; actos ambiguos, mentiras vergonzosas, secretos rencores, crímenes meditados a la sombra de nosotros mismos hasta en los últimos detalles, deseos inconfesados: todo, todo nos sale a relucir, y nos deja desconcertados y horrorizados. *(Gritando)* ¡Alguien puede quitar esa tormentosa música! Esa música la pone el director para que ustedes se lamenten de mi historia y así producir la emoción necesaria para conmoverlos, para hacerlos llorar, para hacerme llorar... *(Llorando.)* pero no señor, ¡aquí nadie va a llorar! Porque hay

que mantenerse firme, de lo contrario uno vuelve a caer en la aflicción y en el tedio de tu pequeña certeza de hoy, de lo poco que consigues saber de ti, de tu nombre, del dinero que llevas en el bolsillo, de la casa donde vives, tus costumbres, tus afectos... todo lo habitual de tu existencia... con tu pobre cuerpo que todavía se mueve y puede seguir el flujo de la vida, hasta que el movimiento, que poco a poco va haciéndose más lento y entumeciéndose con la vejez, cesará por completo. ¡Yo no le tengo miedo a la muerte!...No señor, le temo a la vejez, a ser una actriz vieja atormentada. (A uno de los ESPECTADORES.) ¿Acaso usted me ve vieja, ah? Claro, no lo puede saber a ciencia cierta porque estoy muy maquillada. ¿Quiere que me quite el maquillaje? Si así lo quisiera, no podría. Soy una actriz y debo estar maquillada para la próxima escena. ¿Saben algo? Soy la primera actriz de esta compañía. (A otro ESPECTADOR.) ¿Deseas tocarme, verdad? Ven, hazlo, te doy permiso para que lo hagas y descubras que soy de carne y hueso, eso es lo único que no puedo fingir. Lamentablemente no me puedes besar porque me quitarías el labial, y ya no tengo tiempo para retocar mis labios. ¿Has soñado alguna vez en besar a una primera actriz o a un primer actor? Todos lo hemos deseado alguna vez en la vida. Por eso estás aquí observándome, pagaste tu entrada porque me deseas, no lo tienes que ocultar. No tienes que fingir, tú no necesitas fingir como yo. Tú no... necesitas... tú no...tú...tú... no...

(EL ESPECTADOR se acerca a LA PRIMERA ACTRIZ y la besa apasionadamente. La música sube en volumen. Ambos comienzan a bailar. Al rato, entra LA HIJASTRA con su maleta. LA PRIMERA ACTRIZ Y EL ESPECTADOR se quedan paralizados con la entrada de ella.)

LA HIJASTRA: ¡Disculpen! ¿Han visto al autor pasar por aquí? Arriba me dijeron que estaba en el camerino. Esa es la primera actriz, ¿verdad? Es tan bella, tan elegante. Yo bien podría interpretar ese papel, yo sé que no estoy en la edad, pero tengo el carácter para poder hacerlo. Si simplemente con tan sólo desearlo uno pudiera pasar de un lado al otro, todo sería más fácil. El problema es que todos siempre necesitamos a un autor que nos escriba la escena necesaria. ¿Cuántos de ustedes ya tiene su escena escrita? Allí radica todo el drama, en la conciencia que tenemos que nos falta algo para poder seguir actuando y comprender que no somos únicos, cuando

somos muchos. Muchos como ustedes. Según las posibilidades de ser que tenemos en nosotros. ¡Somos personajes muy diversos! Y con la ilusión, mientras tanto, de ser siempre el mismo para todos. Siempre queremos ser el mismo para todos, la misma máscara para todos... nadie se atreve a pasar la línea y caer en la ilusión de ser el otro o ser muchos... siempre queremos ser el mismo para todos y ¡no! (Llorando) ¡No!, siempre tenemos una máscara diferente para cada persona que nos rodea! Somos muchos... somos muchos personajes y lo único que necesitamos es a un autor que nos escriba la escena obligatoria.

LA HIJASTRA corre y sale de escena llorando. EL ESPECTADOR regresa al público y LA PRIMERA ACTRIZ a su espejo. La música sube en volumen, LA PRIMERA ACTRIZ apaga los bombillos del espejo. El ESPECTADOR enciende una lámpara.)

EL ESPECTADOR: - ¡Siempre ha sido una maldición ensayar junto a los autores! ¡Nada los satisface! Pero mucho peor es no tenerlo.

(Por la tonalidad de la voz descubrimos que el ESPECTADOR es PIRANDELLO.)

PIRADELLO.- Síganme, no deben temer, están en buenas manos. Ya les había dicho, son espíritus de todos los géneros, que viven en medio de nosotros, invisibles, en el aire, en el agua, en el fuego. Aquí lo importante es... (Entra LA MUJER EFECTOS y hace un trueno en medio de la oscuridad.) mantenernos mimetizados. Vamos que nos esperan en una fiesta, no estamos invitados, pero les aseguro que entraremos.

(LA MUJER EFECTOS hace un nuevo trueno y todos salen del CAMERINO.)

LA TERRAZA

Personajes:

ZAMPOÑA (don Palmiro)

DOÑA IGNACIA

LA CANTANTE

BORRACHO 1

BORRACHO 2

TOTINA

POMARICI

DORINA

NARDI

MOMMINA

VERRI

MUÑECO 1

MUÑECO 2

MUJER EFECTOS

PIRANDELLO

Terraza, decorada como un bar italiano al aire libre, con música en vivo (Acordeón, violín). Al entrar el público se encontrará con La Cantante, totalmente ebria, desecha, despechada y muy alterada. En sus manos lleva un revolver. Dos mesoneros intentan quitarle el arma de sus manos.

LA CANTANTE - ¡Don Palmiro me ama! El me dijo que vendría por mí... yo... sé... que él... también me ama... pero... no... sé... porque no ha llegado... ¡Don Palmiro!!!! Ti voglio bene, Don Palmiro!

MESONERO 1- Por favor, señora, baje el arma... tranquila... eso es...

MESONERO 2 – Él no va a venir. Olvídese de ese hombre.

LA CANTANTE – ¿Quién dice que no va a venir? ¡¿Quién dice eso?! (Pausa) Si no viene... si no viene por mí... me mato. (Se apunta.)

MESONERO 1- ¡No! Por favor señora, usted es muy linda.

MESONERO 2- Déjala que se mate. ¡Está borracha, como de costumbre! Siempre le pasa lo mismo. Siempre la dejan.

MESONERO: ¡Cállate!

LA CANTANTE: Él tiene razón...siempre me dejan.

(La Cantante va a su sofá y deja el arma sobre una pequeña mesa. Ella comienza a preguntarle a público por Don Palmiro. Los mesoneros terminan de ubicar al público. Ella avanza por entre las mesas hasta llegar al pasillo.)

LA CANTANTE: Ti voglio bene... Quiero agradecerte, o tal vez quiero sofocarte... Soy la que siempre te escuchaba... esa que siempre te consolaba... Soy esa a quien llamabas cada noche si llorabas... Esa que ya un poco odias o que te da miedo ahora. Si no lo recuerdas, siempre estuve a tu lado, incluso esa noche cuando te sentías raro. Te soportaba, te padecía, te toleraba, te sufría, te disimulaba, te daba tanto... Pero ahora no me devuelves nada. Me dejas, me olvidas. Ahora por mis lágrimas te hablo y es porque cada rechazo recibido, es solo un abrazo más que te pido. Ti voglio bene... Don Palmiro y tú me olvidas.

(La Cantante se sienta en el sofá. Los mesoneros se acercan a ella y se sientan a su lado.)

MESONERO 1. — Mira, arriba, en el cielo! ¡Las estrellas!

LA CANTANTE — ¿Las estrellas? ¿Qué pasa con las estrellas?

MESONERO 1. — ¡Que se mueven! ¡Se mueven!

LA CANTANTE — ¿Es posible?

MESONERO 1 — ¡Sí, sí, mira! Es como si uno las tocara con los dedos.

MESONERO 2 — ¿Tú estás bebido? Son los farolillos que te parecen estrellas.

MESONERO 1. — Son estrellas fugaces como nosotros.

(Entra DON PALMIRO vestido de payaso, se sube a la tarima y le seca las lágrimas a LA CANTANTE. En eso, se detiene la música de fondo.)

DON PALMIRO - No me puedo ir contigo esta noche. No tengo el valor necesario.

(DON PALMIRO recibe una solemnísimas bofetada de LA CANTANTE y se coloca detrás la muñeca.)

DON PALMIRO - ¿También tú, ingrata? ¡Me da tantas mi mujer! *(se sienta en una silla)*

MESONERO 2 — Está borracha, como de costumbre

MESONERO 1. — Márchese Don Palmiro, márchese, éste no es sitio para usted.

MESONERO 2 — Nosotros sabemos muy bien lo que usted se merece, don Palmiro.

DON PALMIRO - ¿Qué merezco? No merezco nada.

MESONERO 1. —Olvídese de la cantante.

DON PALMIRO — No puedo, ¡me impresiona tanto, tanto, la pobre, cuando canta con los ojos cerrados y con aquellas lágrimas que le resbalan por las mejillas.

MESONERO 2. — Son lágrimas profesionales, don Palmiro No crea usted en ellas. ¡Es la profesión!

DON PALMIRO. —¡No, ah, no, no! ¡Qué profesión! ¡Qué profesión! Les doy mi palabra de honor, que esa mujer sufre: sufre de veras, y cada vez que la oigo cantar... me entra una angustia, una pena...

(Música. Entran en este momento, marcando el paso militar DOÑA IGNACIA del brazo de RICO VERRI.)

RICO VERRI. —Un, dos..., un, dos..., un, dos...

DOÑA IGNACIA: ¿Qué haces aquí? ¡Niñas!

TOTINA. — (*Viendo a su padre ebrio en el sofá.*) ¡Pero... papá! ¿Qué te han hecho?

RICO VERRI — ¿Quién le dio esa botella, Don Palmiro?

DON PALMIRO. — ¿A mí? ¿Qué...?

MOMMINA. — ¡Pero, suelta esa botella!

DOÑA IGNACIA. — Deja esa botella, borracho.

DORINA. — ¿Quién ha sido, papá?

TOTINA. — Papá, mira lo que te han hecho.

DON PALMIRO. — ¿A mí?

DOÑA IGNACIA. — ¡Sólo sirves para ser el hazmerreír de todos los bribones!

MOMMINA. — (*A su madre.*) ¡Sólo falta que la tomes tú ahora con él...!

TOTINA. — ¡Mamá, por favor!

VERRI. — ¿Quién ha tenido el atrevimiento...? (*Agarra a uno por las solapas*) ¿Ha sido usted?

MESONERO 1. — (*Tratando de soltarse.*) ¡Déjeme! ¡Yo no he sido! ¡Y cuidadito con ponerme la mano encima!

VERRI. — ¡Pues diga usted quién ha sido!

DOÑA IGNACIA. — Nadie ha sido. Él es un imbécil

MOMMINA. — ¡No le hagas caso, papá!

DORINA. — (*A los mesoneros.*) ¡Fueron ellos, son unos sinvergüenzas...!

VERRI. — ¡No le haga caso, no le haga caso, señorita...!

MESONERO 2. — Todos apreciamos a don Palmiro...

MESONERO 1. — (*A Doña Ignacia.*) ¡...y en cambio, a usted no la apreciamos, señora, en absoluto!

MESONERO 2. — ¡Usted y sus hijas son la comidilla del pueblo!

VERRI. — (*Irritado, levantando los brazos.*) ¡A ver si medimos las palabras, o no respondo...!

MESONERO 1. — ¡Nosotros daremos parte al Coronel!

MESONERO 2. — ¡Siempre el poder del uniforme de oficiales sobre uno!

VERRI. — ¿Quién va a dar parte?

MESONERO 2. — ¡Todos! ¡Todos!

VERRI. — ¡Ustedes han insultado a las señoras que van acompañadas por mi, y yo tengo el deber de defenderlas!

MESONERO 1. — ¡Nadie las ha insultado!

MESONERO 2. — ¡Es usted, señora, la que ha insultado a este pueblo!.

DOÑA IGNACIA. — ¿Yo? ¡Yo no he insultado a nadie! ¡Yo no he hecho más que vivir la vida que me escribió el autor! ¡Y ya basta! Mis hijas son unas niñas decentes y de su casa. Nada tiene de malo que anden con los señores militares. Ellos son los que quieren casarse con ellas. ¡A trabajar, muchachas!

(DOÑA IGNACIA se sientan en una mesa. TOTINA, MOMMINA Y DORINA van cada una a otras mesas en donde están LOS ESPECTADORES sentados. De igual manera hace VERRI)

TOTINA.- (A los ESPECTADORES.) ¿No tienen helados aquí, verdad? ¡Qué lástima! Pues quiero algo helado. Algo fresco, podría ser entonces una menta, sí. Saben porque ando con ese aviador, porque quiero volar sobre la ciudad, para darme el gustazo de escupir desde allá arriba. ¿Se podrá? Es decir, tirarle así... ¡puaf!, un escupitajo al mundo. Está lleno de seres hipócritas. ¿Saben porque yo hablo fuerte? ¡Santa Clara de Nápoles, amigos míos! Allí nací, soy napolitana. Siempre estamos comidos por la rabia. ¿No les da a ustedes esa impresión, como si estuviéramos todos rabiosos? Es el corazón, la sangre la llevamos dentro. (A uno de los ESPECTADORES.) Si te gustan las mujeres que te griten debes casarte con una napolitana. Por eso a mi padre está enamorado de la cantante esa que llora y grita como una mujer desesperada. Mamá siempre le ha gritado y eso lo enamora. Dicen que si una mujer te grita es porque te ama. ¡Por Dios, pero que no se entere mamá! ¡Lo descuartizaría! Dicen que ella, la cantante, llora cuando canta, con los ojos cerrados; lágrimas auténticas; y algunas veces, se cae al

suelo, anonadada por la desesperación que la hace llorar, borracha. Pero a parece ser que bebe porque está desesperada. Yo también estoy desesperada de interpretar siempre este mismo papel de puta. Quisiera que el autor de esta obra me escribiera un mejor papel. Además no me gusta el nombre de mi personaje, "Totina" suena como a "Tontina" Será que el piensa que soy muy tonta para otro personaje. A mi me gustaría ser "La primera actriz" ¿La conocen? siempre anda con un perrito y es muy elegante. Ella si sabe llorar de verdad, sin colirio, pura emoción de verdad. ¿Ustedes creen que yo pudiera ser una primera actriz? Gracias, son muy amables, el día que escupa desde cielo intentaré que el escupitajo no les caiga a ustedes. ¿Saben algo? Los militares siempre tienen dinero "fresco" y lo invierten en una, así que le diré al Pomárici que me pague una película en donde yo sea la primera actriz. Pero, necesito a un autor que me escriba el personaje y allí es donde se tranca todo. (Dice una grosería en italiano.)

DORINA: (A los ESPECTADORES.) ¿No tienen helados aquí, verdad? ¡Qué lástima! Pues quiero algo helado. Algo fresco, podría ser entonces una menta, sí. Saben porque ando con ese aviador, porque quiero volar sobre la ciudad, para darme el gustazo de escupir desde allá arriba. ¿Se podrá? Es decir, tirarle así... ¡puaf!, un escupitajo al mundo. El mundo está lleno de seres hipócritas. ¿Saben porque yo hablo fuerte? ¡Santa Clara de Nápoles, amigos míos! Allí nací, soy napolitana. Siempre estamos comidos por la rabia. ¿No les da a ustedes esa impresión, como si estuviéramos todos rabiosos? Es el corazón, la sangre la llevamos dentro. (A uno de los ESPECTADORES.) Si te gustan las mujeres que te griten debes casarte con una napolitana. Por eso a mi padre está enamorado de la cantante esa que llora y grita como una mujer desesperada. Mamá siempre le ha gritado y eso lo enamora. Dicen que si una mujer te grita es porque te ama. ¡Por Dios, pero que no se entere mamá! ¡Lo descuartizaría! Dicen que ella, la cantante, llora cuando canta, con los ojos cerrados; lágrimas auténticas; y algunas veces, se cae al suelo, anonadada por la desesperación que la hace llorar, borracha. Pero a parece ser que bebe porque está desesperada. Yo también estoy desesperada de interpretar siempre este mismo papel de puta. Quisiera que el autor de esta obra me escribiera un mejor papel. Además no me gusta el nombre de mi personaje, "Dorina" suena como

a “Dolor” Será que el piensa que soy dolor para él. A mi me gustaría ser “La primera actriz” ¿La conocen? siempre anda con un perrito y es muy elegante. Ella si sabe llorar de verdad, sin colirio, pura emoción de verdad. ¿Ustedes creen que yo pudiera ser una primera actriz? Gracias, son muy amables, el día que escupa desde cielo intentaré que el escupitajo no les caiga a ustedes. ¿Saben algo? Los militares siempre tienen dinero “fresco” y lo invierten en una, así que le diré al Nardi que me pague una película en donde yo sea la primera actriz. Pero, necesito a un autor que me escriba el personaje y allí es donde se tranca todo. (Dice una grosería en italiano.)

MOMMINA: (A los ESPECTADORES.) ¿No tienen helados aquí, verdad? ¡Qué lástima! Pues quiero algo helado. Algo fresco, podría ser entonces una menta, sí. Saben porque ando con ese aviator, porque quiero volar sobre la ciudad, para darme el gustazo de escupir desde allá arriba. ¿Se podrá? Es decir, tirarle así... ¡puaf!, un escupitajo al mundo. El mundo está lleno de seres hipócritas. ¿Saben porque yo hablo fuerte? ¡Santa Clara de Nápoles, amigos míos! Allí nací, soy napolitana. Siempre estamos comidos por la rabia. ¿No les da a ustedes esa impresión, como si estuviéramos todos rabiosos? Es el corazón, la sangre la llevamos dentro. (A uno de los ESPECTADORES.) Si te gustan las mujeres que te griten debes casarte con una napolitana. Por eso a mi padre está enamorado de la cantante esa que llora y grita como una mujer desesperada. Mamá siempre le ha gritado y eso lo enamora. Dicen que si una mujer te grita es porque te ama. ¡Por Dios, pero que no se entere mamá! ¡Lo descuartizaría! Dicen que ella, la cantante, llora cuando canta, con los ojos cerrados; lágrimas auténticas; y algunas veces, se cae al suelo, anonadada por la desesperación que la hace llorar, borracha. Pero a parece ser que bebe porque está desesperada. Yo también estoy desesperada de interpretar siempre este mismo papel de puta. Quisiera que el autor de esta obra me escribiera un mejor papel. Además no me gusta el nombre de mi personaje, “Mommima” suena como a “Momia” Será que el piensa que soy una momia. A mi me gustaría ser “La primera actriz” ¿La conocen? siempre anda con un perrito y es muy elegante. Ella si sabe llorar de verdad, sin colirio, pura emoción de verdad. ¿Ustedes creen que yo pudiera ser una primera actriz? Gracias, son muy amables, el día que escupa desde cielo intentaré que el escupitajo no les caiga a ustedes. ¿Saben algo? Los

militares siempre tienen dinero “fresco” y lo invierten en una, así que le diré al Rico Verri que me pague una película en donde yo sea la primera actriz. Pero, necesito a un autor que me escriba el personaje y allí es donde se tranca todo. (Dice una grosería en italiano.)

VERRI.- Bonna Sera. Quería consultarles algo, como podrán ver soy un aviador del ejercito italiano. Aquella que ven allá es mi novia _____. (Observando a _____ desde la mesa.) Ella es muy expresiva como podrá ver desde aquí. ¿Saben porque habla tan fuerte? ¡Santa Clara de Nápoles! Allí nació, es napolitana. Los napolitanos siempre están comidos por la rabia. ¿No les da a ustedes esa impresión, como si estuvieran todos rabiosos? Es el corazón, la sangre que llevan dentro. (A uno de los ESPECTADORES.) Si te gustan las mujeres que te griten debes casarte con una napolitana. ¿No les parece...? ¡Claro que sí!, todas siempre quemadas por una...¿cómo diría yo?, sí, rabia instintiva, que las hace feroces a unas contra otros; basta que uno..., no sé..., mire para aquí, en lugar de mirar para allí, o se suene un poco fuerte, o se sonría porque se acuerda de algo... ¡Dios nos libre! «¡Se ha reído de mí!», «¡Se ha sonado tan fuerte para hacerme una afrenta a mí!» «¡Ha mirado para allí, por hacerme un desprecio a mí!» No puede uno hacer nada sin que sospechen que hay doble intención, y quién sabe qué malicia; porque la malicia la tienen todas ellas dentro, al acecho. Mírenles ustedes a los ojos. Meten miedo. Ojos de loba... Perdón, perdonen señores, señoras, señoritas, pero ¿algunos de ustedes es napolitano? Pero es esa mujer me está pidiendo que quiere volar sobre la ciudad, para darse el gustazo de escupir desde allá arriba. ¿Se podrá? Me pregunta ella con el escupitajo en la boca presto a ser disparado. Definitivamente ella necesita unas lecciones de buena crianza. Porque es un veneno con esa boca. Sus hermanas son iguales, claro, es la misma crianza de la Doña Ignacia. ¿Sabe ustedes que su papá está enamorado como un loco de la chanteuse del Bar? Dicen que llora cuando canta, con los ojos cerrados; lágrimas auténticas; y algunas veces, se cae al suelo, anonadada por la desesperación que la hace llorar, borracha. Otra cosa, no me gusta este papel que me han dado de aviador. No me gustan los militares, siempre son corruptos y siempre se enamoran de putas, a pesar de tener sus esposas en casas. Por culpa del autor es que tengo que soportar a ese veneno todas las funciones. Si a menos se dignara a escribirme

algo mucho más noble, más elevado, más heroico. Hubiese preferido el papel del músico del acordeón, quien, aunque no tiene parlamento, se ve que ama su instrumento.

DOÑA IGNACIA: Mi marido me es infiel. Todos aquí lo saben. Está enamorado como un loco de la cantante del Bar. Dicen que llora cuando canta, con los ojos cerrados; lágrimas auténticas; y algunas veces, se cae al suelo, anonadada por la desesperación que la hace llorar, borracha. Yo soy de Nápoles; de Nápoles, que... sin hacer de menos a Milán... digo... y salvando los méritos de Venecia, Roma... como paisaje, digo... Nápoles es ¡un paraíso! Me dan... me dan ganas de llorar, cuando me acuerdo... ¡tantas cosas! ¡tantas cosas...! Aquel Vesubio, Capri... ¡tantas cosas! ¡Tantas cosas! En cambio, aquí, toda esta mezquindad... ¿Saben porque yo hablo fuerte? ¡Santa Clara de Nápoles, amigos míos! Allí nací, soy napolitana. Siempre estamos comidos por la rabia. ¿No les da a ustedes esa impresión, como si estuviéramos todos rabiosos? Es el corazón, la sangre que llevamos dentro. (A uno de los ESPECTADORES.) Si te gustan las mujeres que te griten debes casarte con una napolitana. Yo le grito a mi marido y a él le gusta. (Ríe.) A pesar de todo es un buen hombre, un hombre con un gran corazón. Eso es lo más importante que debe ver una mujer en un hombre, su corazón, si es bueno, lo demás no importa. (A uno de los ESPECTADORES.) A ver, ¿tú tienes marido? Si lo tienes debes cuidarlo, sino lo tienes debes buscarlo.

(Mientras transcurren los monólogos en las mesas. La Cantante le entrega el revolver a la Muñeca. La Muñeca avanza hacia Don Palmiro. Se coloca detrás de él, le entrega el revolver y Don Palmiro se suicida. Don Palmiro se levanta y la Muñeca se sienta en el sofá. Don Palmiro comienza a salir por el pasillo y simultáneamente entra el Padre con el paraguas. Don Palmiro se despide de la Cantante y sale.)

EL PADRE.—¡Qué drama! Pareciera ser que sólo existe su drama! ¡Están los otros! El suyo. (Señalando a Los ESPECTADORES.) ¡El de su madre! No es posible que un personaje llame más la atención y desplace a los demás, acaparando la escena. ¡Es necesario que todos

formen un cuadro armonioso y que se represente lo que se puede representar! Sé muy bien que cada uno tiene toda una vida dentro de sí y quisiera contarla. Pero esto es precisamente lo difícil: expresar sólo lo necesario. ¡Y con eso, sólo con eso, sugerir todo lo que queda oculto! ¡Ah! Sería muy cómodo si cada personaje pudiera en un precioso monólogo, o... por decir..., en una conferencia, ¡soltar todo lo que quisiera contar! (Con un tono bondadoso, conciliador a las hijas.) Es necesario que se contengan señoritas. Créame, es por su bien. Incluso porque podría dar una mala imagen, se lo advierto. (Señalando el cuerpo de DON PALMIRO.) Él sigue sonriendo, si lo hace es porque está feliz, quizás está fingiendo su muerte. Pasamos toda la vida fingiendo, siempre fingiendo, quien quita que al llegar la muerte nos obliguen a seguir fingiendo. (*Dirigiéndose a la mujer orquesta*) ¡Truenos, relámpagos, huracán! Oscuro!

Todos LOS ESPECTADORES son conducidos al escenario del teatro.

EN EL ESCENARIO

TOTINA
MOMMINA
DORINA
VERRI
NARDI
POMARICI
DON PALMIRO
DOÑA IGNACIA
LA CANTANTE

Las hijas, la mujer y los militares estáticos como maniqués. Al frente un mesón con un cuerpo cubierto por una sábana sólo se alcanza a ver los pies calzados. Junto al cuerpo de pie está Don Palmiro que con temor descubre parte de la sábana.

PALMIRO.- ¡Dios mío, soy yo! (*Levanta la sábana nuevamente*) Si, soy yo... pero muerto. ¡No puede ser! (*incrédulo*) No, no... es alguien parecido a mí. (*Vuelve a levantar la sábana*) ¡Soy yo! ...Hace frío aquí. Aún no prenden la calefacción. Claro, Ignacia con su menopausia debe andar en esos días! Pero qué hago aquí...(*recuerda repentinamente*) Mi "chanteuse". Ya lo recuerdo... Si. Los bandidos

que querían matarla (*se toca el vientre*) La sangre, no hay sangre. ¡Claro, no estoy muerto! Pero ese cadáver... es igual a mí y está vestido como yo. (*Se percata de la presencia los maniquíes, se acerca a Dorina.*) ¡Dorina, hija! ¿Qué tienes? ¿Ignacia?, ¿Verri? ¿Momina? ¿Qué les pasa a todos? ¡Será posible! ¿Estoy muerto? Nunca me había sentido así...nunca me había sentido tan solo en toda mi vida... (*Como descubriendo una nueva posibilidad*) Eso es... llegó el momento de mi ansiada libertad. Por fin libre de toda atadura. Dueño absoluto de mí mismo. No tener que dar explicaciones de mis actos a nadie. Puedo continuar mi vida sin ningún equipaje. Libre para elegir la vida que yo deseo vivir. Ah... siento que puedo volar (*bailando*) Cortar de raíz todo recuerdo de mi vida anterior y reconstruir mi nuevo yo. “¡Oh fermento delicioso del alma, serena, inefable embriaguez!” Algo así decía Pirandello en una de sus novelas. Pero, ¿Cómo quiero ser de ahora en adelante? A ver (*reflexivo*)... me voy a dejar crecer la barba, siempre quise tener barba. ¿Y dónde voy a vivir? No puedo seguir viviendo en este pueblo... Ah, ya se... en Venecia. Si, la romántica Venecia, con sus canales que se pierden en el mar, los viejos puentes llenos de historia y testigos de pasiones y los paseos en góndola. ¿Y qué nombre voy a usar? Porque tengo que cambiarme el nombre. No puedo seguir siendo Palmiro ¡Qué difícil me resulta!... tengo en frente la posibilidad de una libertad ilimitada y no sé que hacer con ella. Es como un cuerpo humano sin esqueleto. (*Se oye el trinar de un canario. Palmiro comienza a silbar como respondiéndole al canario*) Es el canto de un canario. Ese canario está encerrado en una jaula, lo reconozco en su canto. Pobre pajarito. A veces he pensado que la naturaleza nos habla y espera de nosotros una respuesta. La naturaleza me ha hablado en muchas oportunidades y me he hecho el sordo. Pero ahora llegó el momento de darle una respuesta. ¿Seguiré siendo este hombre dominado por una mujer ingrata e infame, viviendo de apariencias para cumplir con esta injusta sociedad, siendo el hazmerreír de los amigos? ¡Qué difícil me resulta! Estoy como frente a un espejo y lo que veo en ese espejo es que he luchado toda mi vida para que mis sentimientos, mis inclinaciones y gustos se reflejen en la conciencia de los demás anulando lo que realmente siento y quiero ser. Conciencia, realidad o ilusión ...

Todos comienzan a salir de escena, hasta quedar únicamente el cadáver rodeado de LOS ESPECTADORES. Una luz se enciende en la platea y a través de la traslucidez del telón de boca vemos a Pirandello sentado en una de las butacas.

PIRANDELLO.- (Off) Ya veo que han encontrado a alguien. ¿No sienten la curiosidad de revisar, de despojar esa sabana que guarda a ese cadáver insepulto? Vamos, ya que están en escena, ahora les toca a ustedes actuar, ¿o es que acaso no han estado actuando durante toda la función? Llevan una máscara como todos la llevamos en nuestra vida cotidiana. Siempre actuando. ¡Vamos! ¡Quitadle la sabana al cadáver!, así está escrito y así debe ser representado.

Uno de LOS ESPECTADORES mueve la sabana y descubrimos que es el cadáver de Pirandello. Oscuro, truenos, relámpagos. Música. El telón comienza a abrirse muy lentamente, mientras escuchamos los aplausos de todos los personajes que están sentados en la platea, Pirandello está sentado en el mismo lugar desde donde les habló)

FIN

Marcos Purroy & Margarita Consalvo Mayo 2015